





FLUIDOS CORPORALES



Jaime Aguilera

FLUIDOS CORPORALES



Primera edición: diciembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jaime Aguilera

ISBN: 978-84-162824-88-5

ISBN digital: 978-84-16824-89-2

Depósito legal: M-32669-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi madre.

A Bartolo.



*No debes encerrar en tu abrazo a la noche
sino sumergirla en la luz eterna.*

F. Rückert, *Canciones a los niños muertos.*

*Sueña como si fueras a vivir para siempre,
vive como si fueras a morir hoy.*

James Dean.



Índice

ESPERANZA PRIMERA	13
LA NOCHE Y EL SUDOR.....	17
EL AMANECER	25
LA VIGILIA Y EL SEMEN.....	31
LA MAÑANA.....	41
EL MEDIODÍA Y EL ÓBOLO.....	47
LA SOBREMESA	69
EL OCASO Y LA SANGRE.....	73
LA TARDE.....	101
LA MADRUGADA Y LA ORINA	119
LA ÚLTIMA CENA	135
ESPERANZA ÚLTIMA.....	141



ESPERANZA PRIMERA

Justo antes de que se apagara la luz de la tarde, justo después de mirarse en el espejo de nieve, Nemesio Fernández marcó meticulosamente en el calendario la fecha de su muerte. El oncólogo no le había dicho un día exacto, no lo sabía: se había limitado, ante la insistencia de su taciturno paciente, a pronosticarle poco más de un mes de vida. No había esperanza: un mes, días arriba, días abajo.

Nemesio salió raudo de la consulta, en silencio, sin despedirse, sin aceptar ningún tipo de tratamiento para el cáncer de colon en estadio «D» que le acababan de diagnosticar. Casi huyó con la cabeza inconscientemente alta y la mirada profunda y perdidamente gélida. Se fue directamente a casa, sin ni siquiera pasar por una tienda donde alguien le había informado que acababan de llegar latas de cangrejo real ruso al natural. Y desde entonces, desde que había salido de la consulta del oncólogo, había pasado más de un día: veintisiete horas en las que había trazado el mapa de lo que quedaba de vida y la fecha en la que iba a terminar con ella. Porque no estaba dispuesto a terminar su existencia en un hospital: después de pasar por una estéril terapia multidisciplinar de radio, quimio e inmunoterapia; devorado por el dolor y en la unidad de cuidados paliativos. Porque, por primera vez en sus poco más de cuarenta años, quería ser dueño de su propio destino, o al menos ese era su pensamiento convulsivo después de un pronóstico tan funesto.

El médico había dicho poco más de un mes, y él mismo lo había reducido a diez días. No necesitaba más tiempo, no podía arriesgar más tiempo. Diez días para vivir y un día para morir. No más.

Durante casi dos días repasó en la hospitalidad incondicional de su butaca favorita el casi medio siglo de una existencia, la suya, que ahora

se le antojaba, con la certeza de la muerte, un juego de palabras contradictorias que comenzaban con la «es» de esperanza, con la primera sílaba de la última palabra que había escuchado en la consulta.

Porque eso era lo que le había dicho el médico: «Siento comunicarle que no hay esperanza». No era cierto: porque nunca tenemos la esperanza de no morir, y sí en cambio existe la esperanza cierta de morir, aunque quizás no a los cuarenta. Y eso sin ser creyente, sin entrar en la esperanza en otra vida más allá de la muerte. Una esperanza de una vida nueva en la que sí creía su madre, doña Silveria, pero que sin embargo no logró inocular en su hijo a base de rosarios impuestos y misas de domingo. Una esperanza que ni siquiera ahora, con las garras mortíferas agazapadas en las sombras, servía de consuelo ilusionante: de clavo final ardiente al que agarrarse.

Y así, en la soledad de la noche, en la noche de la soledad, como si fuera otro de los crucigramas que hacía en el periódico, como si fuera el único y fatídico concursante de un siniestro concurso televisivo, Nemesio emborronó, en el propio almanaque donde acababa de anotar la fecha de su muerte, lo que había sido su vida en palabras que comenzaban por la «es» de «esperanza»:

Española. Esclava. Escéptica, estúpida más bien. Esperada, para otros, no para mí. ¿Espiritual?, espiritual no, especial, quizás, no, tampoco. Espaciosa, no sé. Esbelta, no. Escarchada. Esquiciada. Esquelética. Estreñida, eso sí, seguro. Esquivada, en el amor. Esquizofrénica, si acaso por culpa de mi madre. Establecida, menos mal. Estoica, supongo. Esteparia, cada vez más. Escalofriante, sí, debería serlo porque voy a morir pronto, pero la verdad es que no siento ningún escalofrío. Espeluznante, tampoco, más bien estancada, estandarizada, estereotipada, estructurada, estudiada... Estalagmita, sí, eso es ahora mi vida: una estalagmita y una estalactita que no han respetado el tiempo lento de la gota de agua y que están a punto de unirse con una premura antinatural...

Habían transcurrido veintisiete horas y apenas había probado bocado, no había defecado —eso era normal—, no había dormido y tan solo había bebido agua y orinado varias veces. Veintisiete horas en las que no se había masturbado. Veintisiete horas sentado en su butaca frente a un paisaje de Constable. Veintisiete horas en las que ni había

vuelto a ver *Muerte en Venecia*, ni había escuchado a Mahler, ni había releído *Orgullo y prejuicio*. Veintisiete horas en las que la lámpara de pie no se había apagado.

Había repasado una y otra vez su dilatada vida pasada.

Y había aventurado su fugaz vida futura, con fecha de caducidad incluida.

De esta forma, como si el crucigrama definitorio de su destino se convirtiera en una sopa de letras, comenzó a tachar, subrayar o remarcar todas las palabras que antes había ido escribiendo loca y asistemáticamente.

Y ese fue el principio de su aventura hacia la fatalidad: el autodefinido de toda una vida con palabras que empezaban igual. Fue así como emborronó el parco autorretrato parido de una sucesión de palabras vomitadas en un almanaque:

«español»«estreñido»«estructurado»«estepario»

Señaló y rodeó hasta la saciedad estas cuatro palabras que comenzaban por las dos mismas letras: justamente para tomar la determinación de dejar de ser sí mismo; para darle la vuelta a la moneda; para anotar, en el almanaque donde estaba señalada su autoimpuesta condena a muerte, su propio y deliberado camino hacia la perdición. Para dar inicio al comienzo del fin: una nueva, efímera, opuesta y dislocada vida, una vida en la que los adjetivos podían empezar por cualquier sílaba que no fuera «es»:

«Extranjera, descompuesta, desestructurada, ninfómana.»

Sí, realmente ese fue el pistoletazo de salida de una huida de sí mismo: anotar en un papel con días marcados lo que él consideraba una especie de reverso liberador de la poca vida que le quedaba; el autodefinido inverso de lo que restaba por venir, una existencia que anotó, ahora sí, en esta frase de cuatro palabras.



LA NOCHE Y EL SUDOR

Desde que su madre lo despertaba para ir al colegio, Nemesio se había levantado siempre temprano. Incluso cuando excepcionalmente se había acostado más tarde, como las pocas veces que había ido a la cena de Navidad de su empresa, se había incorporado a la misma hora, pero, eso sí, con dolor de cabeza. Todas las noches ponía el despertador, pero todas las mañanas la voz del locutor irrumpía cuando él ya llevaba un rato con los ojos abiertos.

Ahora todo era distinto, ahora sabía que iba a morir pronto, ahora llevaba una noche sin dormir, una noche sin ni siquiera poner el despertador. No se había duchado, no se había afeitado: con la misma ropa con la que había salido por la tarde de la consulta del médico se sentó en su butaca. Y allí había estado toda la noche, con la lámpara de pie encendida y el cuadro de Constable enfrente. Y allí había esperado a que dieran las nueve de la mañana para llamar por teléfono a Sara, su compañera de trabajo, para decirle que le dijera al jefe que no iba a trabajar, que tenía gastroenteritis. No esperó ningún comentario lastimero, ningún mensaje de ánimo. Simplemente colgó el teléfono que había en mitad del pasillo.

Fue la palabra «esperanza» la que le hizo comenzar a anotar palabras pa-readas y extrañas. Porque —pensó— seguía viviendo al fin y al cabo: su vida seguía siendo la misma que la mañana anterior en la que sí había sonado el despertador.

Ahora ya era otra vez noche cerrada, y de nuevo la luz de la lámpara, que no había dejado de estar encendida, cobraba sentido. Eran más de las nueve: hora de ponerse el pijama, hora de cenar un huevo pasado por agua, ensalada de lechuga y tomate y yogur griego; hora de leer —de releer— a Jane Austen; hora de masturbarse y hora de dormir.

Pero Nemesio no quería ni ponerse el pijama, ni cenar, ni leer, ni masturbarse, ni dormir.

Con la misma ropa contaminada ya por el sudor, y dejando encendida la lámpara, salió a la calle solo, de noche, sin rumbo...

Vivía en el centro de una ciudad, Tórrega, que se había puesto de moda. Por eso, a pesar de que todavía no era fin de semana, había mucha gente en la calle.

Sintió hambre.

El médico le había recomendado una dieta rica en fibra y con poca grasa. En lo que se refería a lo que llamaban comida rápida no suponía ningún esfuerzo. Nunca iba a las hamburgueserías, ni a las famosas marcas multinacionales ni a las que había en su barrio regentadas por vecinos suyos. Sin embargo, él no era él, sino todo lo contrario: de ahí que esa noche sí entró en una de ellas, repleta de jóvenes y familias con niños pequeños. No se había puesto el pijama y no iba a cenar un huevo pasado por agua y verduras, entre otras cosas porque le quedaba poca vida y porque él no era él:

—Buenas noches, ¿qué va a tomar?

—...póngame la hamburguesa que tenga más grasa, la que sea más dañina a la salud...

La cara de la joven con gorra y camisa a rayas intentaba disimular con profesionalidad su estupefacción. Y la mejor forma de conseguirlo era continuar con el ritual mecánico de las preguntas:

—¿Y para beber?

—Cerveza... la cerveza que tenga más grados de alcohol...

Si Nemesio hubiera acudido con el pijama puesto, como hubiera sido habitual en su rutina diaria dado que iban a dar las diez de la noche, probablemente la chica que le atendió se hubiera sorprendido menos.

Nemesio apenas disfrutó de su cena rápida. Sin saber si le gustaba o no lo que comía y bebía, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, sin saber muy bien de su propia deriva, salió del local y continuó paseando por una ciudad que seguía llena de gente.

Ahora hubiera tocado escuchar la quinta sinfonía de Mahler, leer a Jane Austen en la cama y masturbarse imaginando ser el coronel Fitzwilliam besando a una de las hermanas Bennet, tocando sus pechos de manzana por encima de su blanco vestido, su culo enmarañado entre tantas capas de ropa; dirigiendo suave y maestralmente la mano de Lydia hacia su miembro enhiesto, como su sable de caballería; invitándola a que despojara de su ropa más interior para allí mismo, en las caballerizas de su

hacienda de Hampshire, con el vestido de blanca pureza puesto, desflorarla por primera vez, con dolor y con placer, con un éxtasis precipitado e intenso, con humedad y lágrimas...

Pero no estaba en las praderas de Hampshire sino en la bahía de Tórrega, no era coronel sino un empleado de banca, no estaba en las caballerizas sino en mitad de una calle llena de gente.

Nemesio, con una determinación destilada después de muchas horas de vigilia desnortada, decidió que esa noche quería eyacular como todas las noches, pero no en su cama solitaria sino con alguien a su lado, y si esa presencia no existía con un vestido blanco de seducción, se hacía necesario comprarla acudiendo a la más antigua de las profesiones. Había decidido, por culpa de su puto culo, dejar de ser, y quizás el primer paso del «es» al «des» era pasar de un onanismo estructurado a una ninfomanía desafortada.

Fue así como llegó caminando hasta el puerto y allí le pidió al primero de los taxistas de la parada que lo llevara hasta el mejor burdel que conociera.

Estaba en las afueras de la ciudad, en un polígono industrial, junto a grandes talleres y a comercios con letras en chino que permanecían cerrados. Unas enormes letras de neón rojo encendidas daban la bienvenida. Nemesio entró, solo, y por primera vez en sus más de cuarenta años, se vio a sí mismo en el vestíbulo de su Sodoma improvisada, en la antesala de una huida hacia ninguna parte, en el primer círculo infernal y deseado de una huida de su propio destino fatal.

A Nemesio no le preocupó encontrarse con alguien conocido, no se planteó el dinero que se iba a gastar, no tenía ni la más remota idea de a qué hora iba a volver a su sillón, a su lamparita de noche, a su cuadro de Constable.

Se acercó a la barra y una señorita que únicamente llevaba encima un sujetador con dos tallas menos le dio las buenas noches:

—¿Qué desea tomar?

—Póngame lo que más alcohol tenga...

La señorita, al contrario que su homónima de la hamburguesería, no se inmutó lo más mínimo, acostumbrada quizás a peticiones extrañas paridas desde el nihilismo de corazones solitarios.

—¿Con hielo?

—Uno solo, por favor...

La camarera le sirvió una copa de ajeno verde de Pernod: casi noventa grados en vena y un solitario cubito flotando en su etílico contenido.

Las luces, y el ajeno, y la cerveza de la hamburguesería, y las lentejuelas que llevaban algunas mujeres en sus vestidos, mareaban cada vez más a Nemesio.

Una joven de raza oriental se acercó y le pidió que la invitara a una copa. Nemesio, con actitud tajante, le contestó que no la conocía de nada y que él no había venido esa noche hasta ese sitio para invitar a nadie. La joven lo fulminó con la mirada y se alejó de la barra moviendo ostentosa y exageradamente su culo.

A los pocos minutos, cuando ya el ajeno iba por la mitad de la copa, se acercó de nuevo una mujer alta, de pechos prominentes y muy blanca de piel: quizás de Rusia o de algún país del este de Europa.

—¿Por qué no has querido invitar a mi amiga? —la pregunta sorprendió a un Nemesio cada vez más afectado por el alcohol.

—Ya se lo he dicho, porque no he venido hasta este asqueroso sitio para invitar a nadie...

—¿Asqueroso...? —volvió a preguntar la mujer sin inmutarse y con un acento eslavo que confirmaba su procedencia.

—Sí, asqueroso, aquí solo hay hombres y mujeres asquerosos...

—Y entonces —prosiguió la mujer, que por su actitud impasible ante las provocaciones de Nemesio parecía más una psiquiatra que una prostituta— por qué has venido... si no has venido para invitar a mi amiga y todos los que estamos aquí, menos tú, supongo, somos asquerosos... ¿para qué coño has venido?

—Bueno... pues... —su insolencia comenzaba a derrumbarse—... no lo sé...

—Vamos... dímelo, porque yo sé por qué has venido, pero quiero que me lo digas tú...

—Tú no tienes ni idea de nada —volvió a repuntar la altanería impostada de Nemesio.

—Yo no tengo ni idea de nada, yo no quiero que me invites a una copa, yo soy asquerosa... pero yo sí sé por qué has venido...

—Tú no lo sabes, tú no sabes que me voy a morir en cuarenta días, tú no sabes nada...

—La gente —continuó impasible—, incluso la que no es asquerosa como tú, no viene aquí para morir... sino para sentirse viva...

Y acto seguido lo cogió del brazo y se lo llevó sin oposición, dócilmente, hacia una habitación en el primer piso. El calor era sofocante y Nemesio no paraba de sudar: no sabía si era por la copa Pernod, o por una calefacción al máximo, o por las dos cosas. Se dejó llevar en silencio, como si fuera un niño pequeño que entra por primera vez en el colegio: con mirada curiosa pero sin miedo, al menos mientras permaneciera cogido de la mano de su madre.

Entraron en una habitación sin muebles, con luz tenue y una cama que solo tenía la sábana bajera. La mujer encendió la luz del cuarto de baño adjunto y dijo, esta vez convirtiéndose en una especie de fría enfermera en un hospital donde hacía mucho calor.

—Desnúdate...

Nemesio, con una parsimonia que bebía al mismo tiempo de una extraña reticencia y una indolente inercia, se quitó los zapatos, el pantalón y la camisa. Y ahí se quedó, inmóvil, sentado en la cama, únicamente con los calcetines y los calzoncillos, como si ya no le quedaran fuerzas para proseguir con la tarea de desvestirse, como si fuera el modelo de un cuadro de Hooper.

—En efectivo o con tarjeta...

El cliente, adormecido por una anestesia ética, se levantó y buscó dentro de su cartera la tarjeta de crédito. La rusa extendió, ahora como una dependienta de unos grandes almacenes, el terminal de venta inalámbrico. Introdujo la tarjeta y le pidió que marcara el código secreto. La maquinilla expulsó un papelito que Nemesio ni siquiera miró. Y así, con una elegante y esbelta caucásica haciendo las veces de comercial frente a un cliente con calcetines negros y calzoncillos blancos, se efectuó el pago por adelantado.

—Ven conmigo...

De nuevo la mujer se convirtió en una madre que lleva a un hijo al aseo. Era la hora del baño, como todos los días, y su hijo se dejaba llevar porque sabía que le esperaba el placer de una rutina repetida. De esta forma, con asepsia y determinación, la rusa le bajó los calzoncillos y lo

invitó a sentarse en un bidé. Allí, como un niño mayor, casi como un anciano con demencia senil en una residencia, permaneció sentado Nemesio mientras una mujer de la que ni siquiera sabía su nombre le bajaba el prepucio y le limpiaba su glande: una mujer anónima que casi podía palpar el tumor de colon que le había llevado hasta ella, el adenocarcinoma que funcionaba como cronómetro fatídico de una cuenta atrás ineludible.

En esta ridícula y atávica postura, Nemesio, quizá desinhibido por el alcohol y en una ebullición metafísica provocada por la inminencia de su propia muerte, pensó en Darwin y en la evolución de las especies, o más concretamente en la evolución de la especie humana. Si el sexo había nacido con una vocación reproductora, y en ella se mantenía en la inmensa mayoría de las especies animales; por contra, el ser humano le había dado la vuelta al calcetín y había convertido la ancestral finalidad, la de reproducirse para mantener la especie, en puramente residual. De este modo, el sexo, desde hace miles de años, no era únicamente el medio de perpetuar la especie sino principalmente un instrumento de poder, universal y elástico, para someter a las mujeres y ganar guerras; un arma que, con la excusa ancestral de la concepción, sometía secularmente a mujeres arrinconadas y a hombres pusilánimes, a madres paridoras de niños soldado y a enemigas violadas con el fusil de la humillación.

Porque igualmente, desde el principio de los tiempos, desde que el hombre, únicamente junto al delfín, pasó a ser el único ser vivo consciente de su placer sexual, el coito no buscaba un lecho donde engendrar hijos sino el lecho donde habría de nacer la lujuria que solo busca engendrar el placer inmediato, bien en soledad como Onán en el Antiguo Testamento; bien, como ahora, en la compañía del oficio más antiguo del mundo. Y aquí es donde el hombre superó al delfín, que nunca se llegaría a masturbar, y mucho menos a pagar por una cópula para un apareamiento.

La rusa le invitó a levantarse y lo guio hasta la cama del dormitorio. Una vez tumbado boca arriba, fue ahora ella quien se desnudó y se tumbó a su lado. Nemesio, a pesar de llevar un tiempo sin ropa encima, seguía sudando. En ningún momento la boca esclava besó la boca española. Fue casi la única parte del cuerpo de Nemesio que

permaneció virgen e inmaculado: el resto fue devorado, acariciado, a veces dulcemente mordido por los tiernos labios de la rusa. Orejas, cuello, hombros, pecho, pezones, abdomen, muslos... finalmente, con el miembro español enhiesto, la mujer se convirtió ahora en maga y se sacó de su manga desnuda un preservativo que colocó, también con sus labios rusos, sobre el pene endurecido.

Y sin ninguna tregua comenzó. Sin prisa pero sin pausa, con movimientos repetidos una y otra vez durante años. Arriba y abajo, convirtiendo su pene en el pistón que transmitía la fuerza del motor de su boca. Arriba y abajo, mientras la mano derecha de la amante rusa acariciaba los muslos, los pezones y el escroto. Arriba y abajo. Casi a hurtadillas su dedo índice diestro recorrió circularmente el esfínter y, acto seguido, sibilina y siberianamente, se introdujo en el recto de Nemesio, como una cirujana que quisiera repetir el tacto rectal en busca de un bulto anormal, pero no para extirparlo sino para aplicar una terapia paliativa a través del clímax.

Nemesio sentía como el placer iba y venía con vaivenes de fruición en el interior de su pene y de su ano. Arriba y abajo. Cada vez más, cada vez más.

En el prostíbulo de *Muerte en Venecia* los dedos de la prostituta tocaban en el piano a Beethoven, en el prostíbulo de la muerte en Tórrega los dedos de la rusa tableteaban con delicadeza el piano oscuro y trasero de Nemesio.

La rusa, con la experiencia de muchos años de profesión, pasó rápidamente a la acción, y otra vez con su mano izquierda comenzó a mover con movimientos muy rápidos el pene de Nemesio. Arriba y abajo, arriba y abajo... Nemesio permanecía inmóvil, boca arriba, como el muñeco con el que se ensayan los primeros auxilios. Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo... Hasta que una espiral sísmica con epicentro en su interior provocó que el volcán estallara, un Vesubio que explotó derramando la lava en el depósito del preservativo.

La rusa se incorporó y se fue al cuarto de baño con un aire clínico, como si hubiera finalizado una intervención quirúrgica excretora. Y Nemesio se quedó tumbado, con los calcetines blancos y el preservativo blanqueado, como un primate que había dejado de ser un delfín correo y se había transmutado en una ballena varada...

Ya de vuelta a casa en el taxi, acurrucado en la cuna mullida de los asientos de atrás, el volcán era ahora su memoria y sus pensamientos, su miedo y su falta de esperanza.

En el tiempo que estuvo con Patricia nunca le había hecho lo que le acababa de hacer la rusa. Tampoco él se lo había pedido expresa y abiertamente, únicamente la había invitado de forma tácita guiando su cabeza hacia su vientre, pero ella rehusaba el ofrecimiento enérgica y contundentemente, y lo hacía volviendo a unir labios con labios, dejando claro que la frontera de su lengua estaba en la línea imaginaria que unía pezón con pezón, que por debajo de esa línea se extendía un territorio hostil que nunca iba a recorrer la boca puritana de Patricia. Justo al contrario que la rusa, que había extendido sus dominios por todo el universo de su piel salvo los labios, los mismos labios que Patricia besó y besó continuamente, como forma de rubricar un pacto sellado unilateralmente y amparándose en unas reglas más convencionales y burguesas.

Con Patricia siempre fue sin preservativo, con amor, y sin lo que ella llamaba sin nombrarlas «perversiones impropias de unos novios». Con la rusa había sido con profiláctico, sin amor, y únicamente haciendo lo que nunca le había estado permitido. Con la rusa no se habían corrido riesgos, con Patricia siempre. Con la rusa y con Patricia nunca se había buscado lo que la Naturaleza exigía para todo el reino animal: la brújula había sido la inercia del deseo, ni siquiera la lujuria, pero nunca el anhelo explícito de la procreación, de la extensión de la propia vida a través de los que nos descienden. Es más, ni siquiera la única vez que derramó dentro de Patricia quería tener un hijo, ni él ni Patricia: únicamente fue la desidia de no apartarse, de no hacer como Onán derramando en tierra; únicamente fue el deseo final de finalizar juntos, de subir unidos a la montaña del clímax, a la cima del cráter del Vesubio, para una vez allí, en el cénit de la paz saciada, contemplar el valle de la plenitud vacía.

Nemesio había decidido que aquella noche, la segunda después de saber que iba a morir, iba a ser distinta. Había tomado la determinación de no eyacular junto a alguna de las cinco hermanas Bennet, de ser otro y no onanista.

Y lo había hecho. Y, ahora, en el asiento de atrás del taxi, se sentía igual de vacío y sudoroso. Porque había vuelto al mismo punto y seguido: al paréntesis que lo había devuelto a la inminencia de su muerte.

EL AMANECER

Se había despertado cuando todavía era de noche, como casi siempre, con tiempo de sobra para asearse y para vestirse antes de ir al trabajo. Sin necesidad de utilizar el despertador.

Pero obviamente hoy, y ya iba más de una semana desde que huyó de la consulta del oncólogo, tampoco iba a ir al trabajo. Al fin y al cabo era su primer día después de salir del hospital; al fin y al cabo era su último día: mañana se cumplía el plazo y llegaba la fecha de su muerte que él mismo había anotado en el calendario.

Tampoco se iba a vestir ni a asear de momento: no por desidia ni abandono sino simplemente porque quería disfrutar, vestido para la ocasión, con uno de los que consideraba mayores espectáculos del mundo. Únicamente fue al baño para aliviar su vejiga. A continuación, se sentó en su sillón y comenzó a mirar por la ventana.

Nemesio no estaba seguro, porque todavía seguía siendo de noche, pero parecía que después de varios días el cielo había dejado de estar encapotado. La calle permanecía desierta, iluminada con las farolas. El salón permanecía en penumbra, con la luz de la lamparita apagada, con el cuadro de Constable casi invisible porque tan solo se podía vislumbrar con la tenue luz de la farola.

Nemesio no estaba en ninguna playa tropical y lejana, ni en lo alto de una montaña: había pagado entrada para una butaca desde el salón de su casa, por lo que no podía distinguir cuándo comenzaría a emerger en el mar, o en la llanura lejana, el disco rojo y anaranjado que traía consigo la vida. Se limitaba a esperar el primer atisbo de claridad en el tapiz ennegrecido de su doméstico escenario.

Y llegó.

Lentamente, muy lentamente, se hizo perceptible: algo estaba cambiando en la oscuridad de un firmamento enmarcado a través de una ven-

tana urbana. Las farolas seguían encendidas, pero el cielo ya no era como hacía unos minutos, alguien, o algo, lo estaba empujando hacia una claridad ineludible y redimidora.

Sí, allí estaba, con toda su soberanía: la luz. Se suponía que algún día dejaría de serlo porque el sol no iluminaría más, se extinguiría, se apagaría. Pero no iba a ser esa mañana: qué suerte, pensó Nemesio, poder disfrutar un día más, el último antes de suicidarse, como también lo hizo el hermano de Mahler, como también lo quiso hacer el propio Von Aschenbach mientras el sol ascendía en el horizonte de la playa del Lido en Venecia.

La calle comenzó a llenarse de gente que iba andando hacia el trabajo, todavía era demasiado temprano para que pasara algún escolar camino de su aula.

¿Por qué tener que esperar a la inminencia de la propia muerte para poder destilar toda la esencia de la amanecida? Todos, o casi todos, los que en ese momento se estaban levantando no eran conocedores del espectáculo al que eran invitados día tras día. Allí afuera —sí, me estoy refiriendo a Vd., así que preste mucha atención—, tras el ventanuco del cuarto de baño en el que usted, sí, usted, se está afeitando, la más universal de las compañías de teatro está levantando el telón, un día más, para dar luz a una puesta en escena que no tiene parangón. Allí afuera, señora —sí, sí, señora, me dirijo a usted—, mientras está preparando la merienda para el recreo de sus hijos, poco a poco un barniz celeste se va recortando entre los edificios de sus vecinos: simplemente puede mirar varios segundos a través de la ventana de su cocina. Simplemente. Allí afuera, mientras usted, señor, se está afeitando maquinalmente mientras se mira al espejo, pensando en nada o en cualquier estupidez, un haz de luz y de vida vuelve a dar cobijo a la esperanza de un renacimiento secular. Simplemente le pido un favor muy sencillo de cumplir: deje un momento de afeitarse y vaya un segundo a la puerta de su terraza. Simplemente.

Me queda un día de vida, pensó Nemesio ¿Qué estarán haciendo ahora mismo todos los que morirán mañana? La gran mayoría de ellos no saben que morirán: viven afanados en sus trabajos, en la enésima pelea con su mujer, enfadados con la peluquera porque no le hizo el corte de pelo que le pidió, agobiados por el préstamo que tienen que pagar todos los meses por el coche y la casa que compraron.

Y no saben que pronto terminará todo para ellos y para ellas. Se creen inmortales y su vida pende de un frágil hilo que se romperá en

menos de veinticuatro horas. Son como los animales, bebiendo de un manantial de vida que piensan que está muy lejano el día en que se seque: no sospechan que es una simple botella a punto de consumirse.

Sin embargo, también habrá alguien que sea, como él, la excepción que confirme la regla anterior, alguien plenamente consciente de que morirá al día siguiente, quizás algún otro enfermo terminal al que ya le han dicho que lo suyo es cuestión de horas, con suerte de días; quizás incluso algún suicida que, como él, ya ha previsto que también su vida terminará dentro de un día, por voluntad propia, en el mayor ejercicio de libertad que puede llevar a cabo un hombre; y quizás, en la hipérbole del paralelismo, alguien, hombre o mujer, que sea, como él, enfermo terminal y suicida premeditado al mismo tiempo.

Dicen que en la India vive una persona con poderes paranormales que te dice la fecha de tu muerte. Supongo que a casi todos les habrá anticipado los años que les quedan por vivir, pero quizás ha llegado alguien y le ha preguntado, y el adivino se había visto obligado a decir que es su penúltimo día, que el siguiente va a ser el último de todos, el final.

En cualquier caso, ellos, solo ellos, solo esos pocos en el mundo, sí son plena y fatídicamente conscientes de que apuran los últimos tragos de la botella que se descorchó con su nacimiento. Ellos, al igual que Nemesio, no son animales para los que no existe la certeza de la muerte, ni siquiera son personas racionales que no desconocen su destino final: simplemente su inerte inconsciencia les hace suponer que todavía es lejano el día en que los visite la señora de la mano fría.

También en eso nos alejamos de las leyes de la Naturaleza, porque fue ella la que nos hizo distintos al resto de animales tan solo en ese punto: en ser el único ser vivo que sabe que algún día morirá. Y sin embargo, casi todos los seres humanos piensan que sí, que ya saben que ese día llegará, pero que todavía queda mucho, porque ese día llegará, como a casi todos, en la muy lejana vejez. Y no saben que puede que al día siguiente un revólver les agujeree el corazón; una velocidad excesiva en una curva les cause la muerte inmediata; o simplemente un vulgar infarto, otro más, termine en cuestión de segundos con todo lo que habían planeado hasta los días lejanos de esa predecible pero siempre incierta senectud.

Nemesio recordó que en otro amanecer muy lejano su padre le despertó y le sacó de la cama tiritando de frío. Sin ti no podemos empezar,

le dijo. Y Nemesio, con cinco años, se sintió todo un hombre, una pieza necesaria en el equipo de su padre. Era uno de los pocos recuerdos que tenía de él. No le vistió, le puso el pantalón, el jersey y el abrigo encima del pijama. Botas, bufanda, gorro y guantes. Nada más salir al patio de las casas de sus abuelos paternos, vio al matarife y a otro hombre tomando una copa de aguardiente y un mantecado. Cada vez que algún miembro del equipo asesino daba los buenos días salía el vaho por su boca. Dos hombres más traían al cerdo atado con una cuerda. Entre todos lo subieron a una banqueta antigua de madera y lo pusieron de lado. Una mujer del pueblo se acercó con un lebrillo y lo colocó debajo de la cabeza del animal. Nemesio, coge tú el rabo, porque si no lo haces se nos escapa. Y el pequeño obedeció a su padre como si de él dependiera que diera comienzo la función. Y el matarife cogió un cuchillo no muy grande y palpó en el cuello del animal hasta que encontró lo que buscaba. Y con una puñalada certera atravesó el cuello del cerdo, que comenzó a gritar como un niño pequeño y a dar patadas mientras entre todos —también Nemesio— lo retenían con todas sus fuerzas. El sonido del animal mientras de su cuello salía un caño de sangre era agudo, penetrante, una especie de sirena paquidérmica que rompía el silencio de escarcha de la mañana de invierno. La mondonguera comenzó a mover con el brazo la sangre caliente del animal que caía en el lebrillo. Un animal que había descansado plácidamente la noche anterior, que había comenzado a comer su pienso como cualquier amanecer, sin saber, sin sospechar siquiera que le quedaban horas, minutos de vida, como a Nemesio. Un animal que había sido feliz hasta que se lo llevaron a rastras camino del patíbulo, para culminar una infelicidad de minutos que no había sido tal, simplemente instinto de supervivencia. Por eso, pensó Nemesio, quizás lo mejor era seguir disfrutando del penúltimo amanecer de su vida, como si no fuera el penúltimo, como si fuera no uno más, sino un único e irrepetible amanecer del que, sin embargo, se ignora su número ordinal, sin saber cuánta arena le queda al maravilloso y antiguo reloj de arena que atenaza al protagonista de *Muerte en Venecia*.

Los hombres estaban satisfechos, el animal había muerto y de él saldría mucha carne para abastecer a la familia. Bien hecho, le dijo su padre, te has portado como un hombre. Y ese amanecer fue uno de los más felices de la vida de Nemesio: el olor a aguardiente y a pelo quemado, las voces de

los hombres, la sangre y los chillidos del animal, la mirada de su padre... todo conformaba un cuadro de entrañable cariño que quedó para siempre grabado en su retina más profunda.

Después no hubo más matanzas, ni más sangre, ni más olor a aguardiente. Su padre murió y doña Silveria consideró que no tenía por qué volver más a casa de sus suegros para que su hijo viera un espectáculo de bárbaros incultos.

Sin embargo, en la memoria cruel y caprichosamente selectiva de Nemesio solo había dos amaneceres, y los dos habían sido en invierno: el de la matanza del cerdo y el de la noche en la cabaña donde nevó y se despertó abrazado junto a Patricia.

Se acaban de apagar las farolas. El quiosquero acaba de pasar con un paquete de periódicos y revistas prensadas bajo el brazo. La clara claridad claramente ha vencido a las tinieblas. Por encima de los edificios comienza a brillar un fulgor tan potente que pronto será difícil sostener la mirada, la mirada mirando hacia ese punto de mira.

Nemesio abre la ventana, el frescor de la mañana le acaricia la cara. Cierra los ojos, todavía queda el recuerdo de un olor a tierra mojada mezclada con el salitre húmedo de la bahía: es una simbiosis perfecta entre el mar y la tierra, el agua salada y el agua de lluvia. Respira profundamente por la nariz, como si fuera a sumergirse y necesitara estar mucho tiempo sin tomar oxígeno.

Mañana será su último amanecer, pero seguirá amaneciendo, aunque él no esté, para sus primos, para Patricia, para su hijo desconocido y para todos sus compañeros de trabajo. Todos ellos seguirán contemplando un milagro sin abrir los ojos, o sin cerrarlos para respirar profundamente. Hasta que también todos ellos mueran, y entonces seguirán viéndolo desde su tumba o desde sus propias cenizas, como lo hace ya el matarife del cerdo, o el propio cerdo, o su padre, o su madre o el abuelo Nemesio...